

PRTHIVISUKTA. HIMNO A LA TIERRA

(CIRCA 1000 A. C.)

Traducción y nota: Bárbara Belloc

El Himno a la Tierra forma parte del Atharva Veda, o Veda de los Ensalmos: una colección de fórmulas mágicas que ocupa el último lugar en el canon védico y fue considerada por los estudiosos “inferior” al resto debido a su sabiduría de tipo chamánico y ritualista. Compuesto de plegarias y encantamientos que no fueron destinados a la recreación literaria sino a dar solidez a los cimientos de una construcción o a exorcizar el peligro de un terremoto, el Himno a la Tierra ha sido transmitido por vía oral —como el resto de los textos sagrados de la India— por más de 3000 años. Los clanes y familias de brahmanes, organizados en escuelas y modos de recitación, realizaron durante siglos el inmenso esfuerzo de memorizar y comunicar este vasto corpus; pero quizás lo más asombroso sea encontrar hoy a algunos recitadores que si bien reproducen fielmente el sonido de los cantos no pueden entender su significado, ya que desconocen la lengua en que están compuestos, el sánscrito. No obstante, no debemos olvidar que en el contexto de los Vedas lo importante no es el significado, sino la precisa entonación del sonido de los mantras, cargado de poderes trascendentes. Dada la relevancia del sonido original y de los aspectos rituales de estos textos, el traductor que quiere vertir estas fórmulas a su propia lengua no puede dejar de sentir que comete una suerte de doble profanación, al desafiar la eficacia de un acto mágico que depende de la pureza en la pronunciación/invocación de la palabra sagrada, palabra que para la mentalidad del devoto es como un rayo capaz de iluminarlo o fulminarlo, y al fijar por escrito, aunque provisoriamente, una cadencia u onda sonora que ha viajado por el tiempo para despertar los cinco sentidos y no solamente la vista y el intelecto del que lee. Así, consideremos esta traducción como un acto de maya, en el sentido védico del término: un “truco”, un “ardid”, un “golpe de magia”.

[46]

Al principio era una ola más en el océano, que los sabios descubrieron
[con oficios.

Envuelto en la verdad, el corazón inmortal de la Tierra mora en el cielo
[supremo.

Que ella nos conceda el resplandor y la fuerza en vida.

[52]

Que tus cumbres, tus montañas nevadas y tus bosques, Tierra, nos acojan.
Parda, negra, rojiza, de mil matices, sólida es la Tierra protegida por Indra
[el grande.

[54]

Como siembra en tu vientre, sobre tu ombligo, haz que fluyan a nos las energías
[de tu cuerpo.

Madre Tierra, somos tus criaturas y yo tu hija. Que nos sea benévola la lluvia,
[el padre.

[58]

Tierra vidente y previsora: entrégnanos al que nos odia, al que nos acecha,
al que quiere subyugarnos con la mente o con el arma mortífera.

[62]

Que todos los seres viertan sobre nos la leche de sus dones.
Tierra: prepara para mí la miel de la palabra.

[64]

Madre global. Madre de las plantas. Tierra firme y soberana en la ley de vida
[y muerte,
que podamos transitarte siempre, benéfica.

[66]

Eres la inmensidad misma en inmensa sede transformada. Son grandes
[tu velocidad,
tu temblor y tu movimiento. Sin descanso te cuida Indra el grande.
Vierte sobre nos, Tierra, tu esplendor, y que nadie nos desee jamás daño alguno.

[68]

El fuego vive en la Tierra y en las plantas. Las aguas celan al fuego. El fuego vive
[en las piedras
y dentro del cuerpo humano. En el ganado y en los caballos viven los fuegos.

[72]

Vestida de fuego está la Tierra con sus rodillas ennegrecidas.
Que ella me confiera el resplandor y la agudeza.

[76]

Ese olor, Tierra, que emanas. Ese olor que traen hasta aquí las plantas
[y las aguas.
Ese olor que compartieron los espíritus visibles e invisibles. Con ese olor
haz de mí una fragancia, y que nadie nos desee jamás daño alguno.

[80]

Ese olor tuyo que se encuentra en hombres y mujeres, que es su placer
[y señuelo.

Ese olor que se encuentra en caballos y héroes, animales del bosque, elefantes,
y es el olor espléndido de las jóvenes. Tierra: imprégname con tu olor,
y que nadie nos desee jamás daño alguno.

[94]

Por delante, por detrás, por arriba y por abajo, Tierra, no nos expulses.
Que no seamos asaltados en tus caminos múltiples. Detén el arma de la muerte.

[120]

La Tierra sostiene a cada uno de los pueblos que hablan en lenguas, según
[sus costumbres,
en todos los lugares. Que ella derrame sobre mí la fortuna en caudales, como
[una vaca apacible
que no se resiste a ser ordeñada.

[126]

Ella aguanta al insensato y al juicioso. Ella sobrelleva la muerte del bueno
[y el malo.

Ella vive al ritmo del jabalí y abre su cuerpo al jabato salvaje.

[132]

Sobre ella vuelan las aves de dos patas, los flamencos, las águilas, los halcones
[y los mirlos.

Sobre ella se mueve raudo el viento, levantando polvo y sacudiendo enteros
[a los árboles.

Y al correr del viento, se inflama el fuego siguiendo su carrera.